

La canción de la vieja hilandera.

Cuando el viento de Octubre impetuoso
arranca del árbol
las últimas hojas,
que amarillas, dobladas y secas,
se arrastran crujendo,
ó se arremolinan y se alzan y chocan;
cuando el cielo más triste del año
reúne sus nubes,
cuajando sus sombras,
y en las alas gigantes del viento
se ven pasar rápidos,
nubarrones de trágicas formas;
cuando el alma se entrega al cansancio
tras la ansia infinita
de eterno deseo, que nunca se logra,
y nos rinde esa angustia suprema
sin causa, sin nombre,
que abruma, que ahoga:
entonces de la apartada
casería, en el hogar,
¡feliz quien halla refugio
y halla olvido y halla paz!

La llama que insegura
retuércese y se agita,
á los sombríos muros
su resplandor envía;
tenaces las tinieblas
contra la luz se apiñan
defendiendo el dominio
de su guarida.

Mas, flaqueando á veces
en su enconada lucha,
fantásticos contornos
en la pared dibujan,
espectros que extendiendo
sus formas inseguras,

finjen al que los mira
imágenes confusas
de sus terrores íntimos
ó sus pasadas culpas;
gigantes, para el niño,
que fieros gesticulan;
presagios, para el hombre,
de prontas desventuras,
ó cuerpos de sus penas,
ó nieblas de sus dudas,
y sólo la doncella
que desveló el amor,
puede mirar sin miedo
al muro acusador.

Los duros instrumentos
del áspero trabajo
que el labrador maneja
con su callosa mano,
aquí y allá descansan
diseminados.

De la fatiga diaria
dóciles companeros
abren la dura tierra
con sus punzantes hierros;
pero en el alma,
ahondan las penas,
más que todos ellos
ahondan en la tierra.

Descansad tranquilos;
al gérmen hicistéis
el lecho nativo;
pronto será tallo,
pronto será espiga;
¡de una gota nace
la ola de la vida!

En el rincón más oscuro,
hacinadas para el fuego,
en montón las ramas secas
extienden sus brazos yertos.

De nuestras muertas venturas,
semejan á los recuerdos,

que hojas y flores no tienen
y hojas y flores tuvieron.

Ramassecas,
¿dónde están las galas
de la primavera?

De canoros pájaros
fuisteis el albergue,
los pajaros vuelan,
su canción se pierde.

Juguetonos céfiros
os acariciaban;
los pájaros vuelan,
los céfiros pasan.
Y cuando la helada
las flores destroza,
y el viento se lleva
las últimas hojas,
se quedan los troncos
desnudos, escuetos,
¡lo mismo en el alma
quedan los recuerdos!

Ramas secas,
no veréis ya nunca
la nativa selva,
que tras tantas glorias
y tantas fatigas,
pasto de las llamas,
caeréis en cenizas;
¡que así se deshace
la ola de la vida!

En su cuna, el niño
de rubia cabeza, rindiéndose, al sueño,
los ojillos cierra,
y junto á la cuna
hila su mortaja
la vieja hilandera.

Ni una leve arruga
la frente sombrea
del niño que al sueño
los ojillos cierra,
y en la de la anciana

se cruzan los surcos
que abrieron las penas.

Para el niño
en este mundo,
parte un extenso camino,
y mientras tanto,
la anciana
hila su mortaja.

Para el niño
en este mundo,
todo es aún desconocido,
y la anciana
mientras tanto
hila su mortaja.

Para el niño
en este mundo,
no sonó el primer gemido,
y será para la anciana
el último el de la mañana.

Entre estas dos playas
cruza fugitiva
la ola de la vida.

Pero hilando su mortaja
con mano cansada y trémula,
para adormecer al niño
canta la vieja hilandera:

«Junto á tu cuna,
niño del alma,
hilando, hilando,
voy mi mortaja.
Mira que pronto
la vida pasa:
los unos, vienen;
los otros, marchan;
tú, ayer llegaste;
yo, voy mañana;
tú, traes sonrisas;
yo, llevo lágrimas.
Las noches son frías,
las noches son largas,
y son silenciosas,
y son solitarias;

la muerte es más fría,
la muerte es más larga,
y es más silenciosa,
y es mas solitaria.
Duerme, niño mío,
que rápidas vienen
para tí, la noche;
para mí, la muerte.»

«Duerme, no prestes oído
al débil rumor que suena
cuando el huso velozmente
gira sobre tu cabeza.
¡Ay! no le impulsa mi mano,
en su rápida carrera;
es mi vida que está dando
en él sus últimas vueltas.»

«Duerme, el viento de la noche
á los árboles se lanza,
les desnuda de las hojas
y se las lleva en sus alas;
pero el viento de la muerte,
al de la noche aventaja,
porque tronchando los cuerpos
se va llevando las almas.»

«Duerme, porque á mí también
el sueño me rinde ya;
pero tú cierras los ojos,
y á mí me los cerrarán;
tú á la luz del nuevo día
los párpados abrirás,
y yo no volveré á abrirlos
más.

Cesó el canto,
dejó de girar el huso,
la lumbre se fué apagando,
reinó la sombra por último.
Después, como adiós postrero,
sonó un doliente gemido...
y se oyó lenta y tranquila
la respiración del niño...

JOSÉ DE ROURE.

NOTA DEL AUTOR

Era costumbre muy extendida antiguamente en el país bascongado, que las mujeres, desde el día que se casaban, empezasen á trabajar en su mortaja. (Véase la página 26, capítulo II de la preciosa novela *El Baso-Jaun de Etumeta*, escrita por D. Juan V. Araquistain.)

En los altos y apartados caseríos de Guipúzcoa, todavía se conserva esa costumbre, y no es raro hallar en ellos, en las desapacibles tardes de invierno, alguna decrepita anciana sentada junto á la lumbre é hilando con febril impaciencia su última guedeja.

Este es el tema de la fantasía. Respecto á su extraña forma, advertiré que no obedece á un vivo deseo de originalidad, sino sencillamente á la circunstancia de que, al escribir tales versos, tenía delante de mis ojos el mismo cuadro que iba pintando.

